

# Nueva y Suave Patria

Por María Andueza

Corresponde a Ramón López Velarde el haber sabido dar nuevo y genuino sentido del concepto de patria a México. Este hecho coincidió con el momento en que la nación mexicana se volvía hacia ella misma buscando el auténtico sentido de su historia. Porque el poeta jerezano acertó a “dar la fórmula de esta nueva patria”.<sup>1</sup> Dos obras clave lo atestiguan —prosa y verso escritos casi simultáneamente. Me refiero al ensayo “Novedad de la patria” y al poema “La suave patria” —el mejor y más conocido de cuantos salieron de su pluma. Ambos se publicaron por vez primera en la revista *El maestro*, en abril y junio de 1921, respectivamente.<sup>2</sup>

Inusitados, no usuales, los títulos de ambas composiciones como lo ha señalado la crítica.<sup>3</sup> Si sorprende el término “novedad” adjudicado a la patria (diseño de los consabidos *grande, inmortal, épica*), no deja de extrañar el adjetivo “suave” (tradicionalmente habituados a lo *grande, heroico y sublime*). Así, pues, López Velarde sustituye el vocablo magnífico y epopéyico, por otro delicado y pacífico, evocador de lo femenino y materno: “Patria suave”.

“Novedad de la patria” ofrece la teoría de la nación en conceptos claros y definidos. Frente al ideal porfiriano de la patria grandiosa y heroica, el poeta de Jerez propone lo antitético: la patria “íntima”, “no externa”. Y, así, dice:

<sup>1</sup> “Novedad de la patria” en *El minútero*.

<sup>2</sup> México, Secretaría de Educación Pública.

<sup>3</sup> “El camino de la pasión”, en *Cuadrivio* de Octavio Paz: “Un nacionalista común y corriente habría escrito: ‘la antigüedad (o la eternidad o la grandeza) de la patria’”. México, Joaquín Mortiz, 1984, p. 86 (Serie del Volador).

El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.<sup>4</sup>

La dentellada norteamericana del cuarenta y ocho,<sup>5</sup> los años de la Revolución Mexicana, la transformación nacional,

propician el retorno a un México más real, al descubrimiento de la riqueza de su carencia. Vuelta a la intimidad, a la exigencia interior de interrogarse, observarse y analizarse con rigor. Preocupación por el ser y el estar del mexicano. Todo ello cristalizará en una serie de reflexiones sobre los valores nacionales. Ahora bien, “En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto” —señaló Ramón López Velarde.<sup>6</sup>

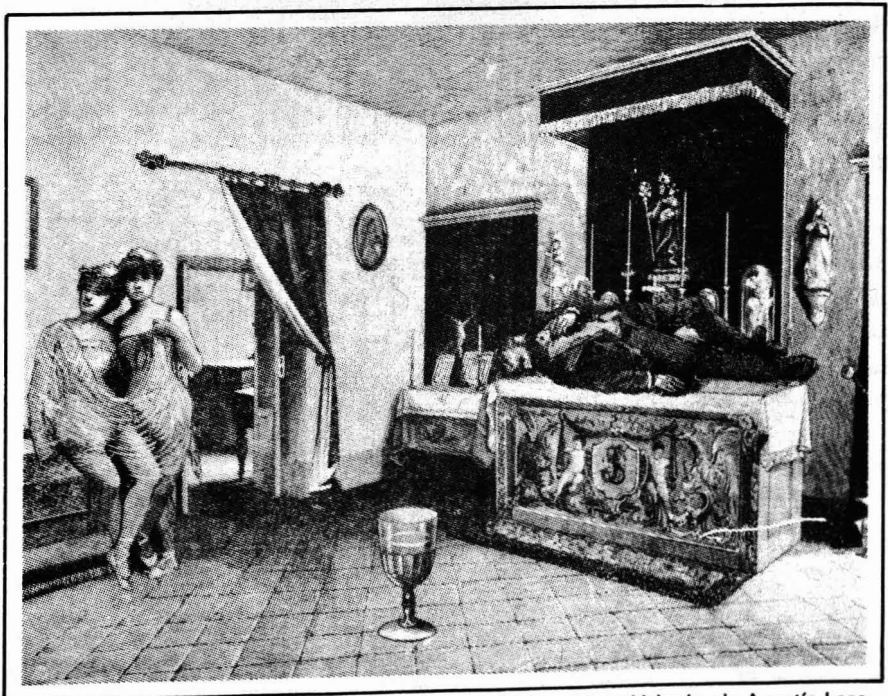
Es preciso relacionar al escritor zacatecano con el grupo de escritores de *El Ateneo de la Juventud*<sup>7</sup> que inicia hacia 1910

<sup>4</sup> “Novedad de la patria”, *op. cit.*

<sup>5</sup> “El dos de febrero de 1848 se firma el Tratado de Guadalupe. El vencido tuvo que ceder al vencedor los territorios de Texas, Nuevo México y Nueva California, o sea dos millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados, más de la mitad del suelo mexicano. Estados Unidos daba a México 15 millones de pesos como indemnización. México acababa de sufrir una pérdida territorial enorme.” *Historia de México*, México, El Colegio de México, 1983, p. 101.

<sup>6</sup> “Novedad de la patria”, *op. cit.*

<sup>7</sup> A fines de 1909 se crea *El Ateneo de la Juventud*: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Enrique González Martínez, Julio Torri, Rafael López, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Diego Rivera, Manuel M. Ponce integraban el grupo.



Homenaje a López Velarde, de Agustín Lazo

el movimiento nacionalista que impregnará de un modo u otro la expresión artística mexicana en el siglo XX. Como acertadamente observó Allen W. Phillips: "rasgo general del arte y la cultura mexicanas en lo que va de siglo, un nacionalismo legítimo y auténtico."<sup>8</sup> Pero nada más alejado de López Velarde que el nacionalismo clásico de lo heroico y sublime de la patria. Octavio Paz comenta al respecto: "Su nacionalismo brota de su estética —y no a la inversa. Es parte de su amor a esa realidad que todos los días vemos con mirada desatenta y que espera unos ojos que la salven. Su nacionalismo es un descubrimiento, mientras que el de sus imitadores es una complaciente repetición de lo ya dicho."<sup>9</sup>

López Velarde habla de "una patria, no histórica ni política, sino íntima".<sup>10</sup> Y añade: "nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro",<sup>11</sup> patria totalmente hecha para la vida de cada uno. Lo extraordinario es su textura tejida sólo con los hechos ordinarios de la vida. Las cosas humildes y cotidianas se ofrecen al poeta capaz de percibir sus cualidades esenciales: autosoñeo espiritual del hombre que quiere descubrir sus raíces más hondas, auscultación del alma. Al esquivar los escollos del himno patriótico, el tono hueco y altisonante, Ramón López Velarde no es una patria heroica la que recrea, sino la circunstancia que acompaña el caminar del mexicano. Y, así, forjó el nuevo sentido de la patria dándole un sesgo mínimo y entrañable, opuesto totalmente a los históricos murales de Diego Rivera que el famoso muralista pintaba por aquel entonces con el patrocinio de Vasconcelos.<sup>12</sup> La patria "se parece, más que a la pintura mural, a la música de Silvestre Revueltas."<sup>13</sup>

Si López Velarde nos dio en su ensayo el concepto de una nueva patria, en su poema "La suave patria" ofrece igualmente el nuevo sentido de mexicanidad íntima y entrañable, pero expresado, no ya en conceptos, sino en imágenes frescas, populares, de la vida de México: *rompope*,

*rebozo, nopal, jarabe, tinaja, ajonjolí, la Malinche, el Palacio Nacional, Cuauhtémoc*, que pueden ser captadas de inmediato por el pueblo. La complejidad del ser mexicano "en el cual se encierran todos los saberes". Derroche de insólitos adjetivos, metáforas nuevas y audaces, fórmulas mágicas. Se ha hablado de la poesía adjetiva de "La suave patria", volcada hacia afuera, hacia la *circunstancia mexicana*. Pero no hay que engañarse, poesía íntima y emocional desde el momento en que López Velarde la recrea desde el crisol del recuerdo, la nostalgia de lo vivido. Sería más afortunado decir que la *circunstancia mexicana* la llevaba grabada en lo hondo y profundo de su ser. Así, cuando escribe en México, evoca los recuerdos de la provincia que el tiempo fue depositando en el arca de su alma, archivo de la memoria. Jorge Cuesta afirmó de López Velarde que "su verdadera conquista no era la ambicionada alma nacional sino la suya propia".<sup>14</sup>

"La suave patria" fue escrita en el primer centenario de la independencia de México. Derroche pictórico y musical de la vida del país: mural y melodía, nostalgia y evocación del México que fue, el que era, el que será. El poeta canta la vida nacional: el suelo y el subsuelo, la capital y la provincia, el maíz y la chía, el pan y la aguamiel, el amor y el dolor, lo sensual y lo espiritual, las fiestas y los fuegos de artificio, la religión y el paganismo, Cuauhtémoc y el mestizaje. La visión local, el prosaísmo de lo cotidiano serán especial acicate para su canto. Sea quizá en el detalle de la vida diaria donde López Velarde fija entrañablemente la idiosincrasia del mexicano, el sentido de la patria —la de cada uno.

Encuadrado en la estructura dramática propia del gusto de la época,<sup>15</sup> el poema se divide en cuatro partes. I. *Proemio*: introducción y autojustificación del canto; II. *Ier. Acto*: descripción de la patria; III. *Intermedio*: evocación de Cuauhtémoc; IV. *II Acto*: la mujer mexicana, símbolo y paradigma de México.

*Proemio*: el poeta en tono épico eleva su canto en la mitad del "foro" —vocablo que recuerda su formación jurídica. Ahí,

en el corazón del pueblo, alza su voz de tenor que, voluntariamente suavizará en "gutural modulación del bajo". Ya, en tono grave, ensalzará a la patria, pero con "épica sordina" —sin jactancias a lo mexicano. No aspira al canto total, tampoco quiere engrirse con el recuerdo de pasadas grandezas, sino más bien con prudente reserva cortará solamente un "gajo" de la fruta ya madura de la epopeya nacional. Con ese acento dirá que "la patria es impecable y diamantina", por pura e inquebrantable, por ser de una sola pieza como el diamante. Ruega a la patria que le preste su música, aquélla en la que fue él tallado, para poder cantarla cual se merece: "permite que te envuelva/ en la más honda música de selva/ con que me modelaste por entero." Melodía de la vida mexicana, moldeadora de quienes nacen en su seno y del mismo poeta. Suave patria, forjadora del espíritu del mexicano. En su regazo, a golpe de autóctono cincel, materna polifonía: murmullos de selva, gritos y risas de mujer, rítmicos golpes de hacha, industria alegre de los laboriosos pájaros carpinteros de los parques de Jerez. El poeta se adentra —lejos ya de la guerra— por campos de paz: "olas civiles". Navegará a impulsos de remos ligeros, de los que no pesan, como los del correo "chouan", al que hace alusión el poema.<sup>16</sup>

*Ier. Acto*. La suave patria: suelo, el maíz; subsuelo, petróleo y oro. Cielo, nubes de blancas garzas y verdes relámpagos del vuelo de los loros. Luego, —el dístico de cristal— la evolución del México antiguo —agricultor y ganadero— al México moderno —industrial y petrolero:

El Niño Dios te escrituró un establo  
y los veneros del petróleo el diablo.

El poeta recoge la tradición del pueblo mexicano: el apacible bucolismo de los campos agrícolas: *bendición de Dios*; el trepidante vértigo de la industria petrolera, cauce abierto a la avaricia y al rencor: *obra del diablo*. Profetiza: se cambiará el cielo azul de la región más transparente del aire en otro cielo opaco, de asfalto, cemento y *smog*. El tiempo en la capital mexicana vuela ligero, pero corrompido

<sup>8</sup> Ramón López Velarde, *el poeta y el prosista*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1962, p. 180.

<sup>9</sup> Cuadrivio, *op. cit.*, p. 86.

<sup>10</sup> "Novedad de la patria", *op. cit.*

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> Octavio Paz, *Cuadrivio, op. cit.* p. 88.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>14</sup> Allen W. Phillips, *Ramón López Velarde, op. cit.*, p. 125. Phillips cita a Cuesta.

<sup>15</sup> Francisco Monterde, "Suave Patria": "Con la iniciación, el proemio, declara en primera persona, de modo romántico", p. 17.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 19: "El poeta civil recuerda una página de Barbey d'Aureville, cuando habla del correo de los chouanes; toque de exotismo, singular en el postmodernismo.

y ojeroso; en provincia, cae pesado, lentísimo cual lluvia de plomo. El doloroso hecho histórico de la mutilación nacional por extranjera expropiación, impone limitaciones en el vestuario femenino de la patria que, en su pobreza, ha de vestirse de “percal y abalorio”. Sin embargo, la inmensidad del territorio nacional es tal que, a pesar de la disminución de su superficie, la línea del ferrocarril se recorta en el paisaje y en la retina del alma como juguete de escaparate. México: fiestas, cohetes, pólvora, estruendo, barullo, susto, risas, dulces y ajonjolí, fuegos de artificio y amor a la novia, alegría. (“¿Quién, en la noche que asusta a la rana, / no miró, antes de saber del vicio, / del brazo de su novia, la galana / pólvora de los juegos de artificio?”) Fuensanta, Águeda. Personificación híbrida de la patria, contrastada figura femenina: “mirada de mestiza”, “trenzas de tabaco”. México maternal regala música, notas y ofrece al paladar frutas y “compota” (los mexicanos son muy dulceros). Por último, se entrega ella misma en donación total. Suave patria: “alacena” porque alimenta, “pajarrera” porque alegra con

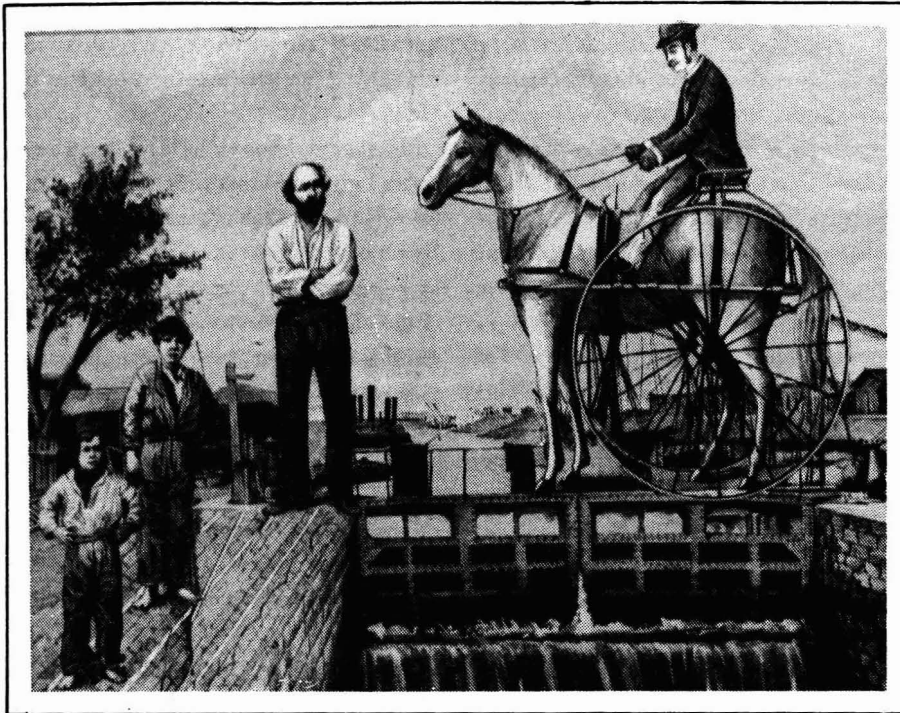
el folklore de pájaros multicolores y danzas autóctonas de los “bailadores de jarabe”. Goza de tales privilegios el mexicano que, imprevisor, vive —cual chuparrosa— a lo que salga, a la buena de Dios. Y en el repique del metal inexistente, “barro que suena a plata”, oye la “sonora miseria” de las alcancías que artísticamente fabrica el indio. Cielo nupcial que explota en frenéticos deleites. El trueno anuncia el torrente que derramará el agua necesaria para la cosecha. Ante el regalo de la naturaleza —agua del cielo, ansia del pobre— la alegría se desborda en el corazón del mexicano que lanza el piropo a la mujer. Luego, la curación de los neuróticos, la resurrección de los muertos, las tierras labrantías desbordan de esperanza. Frigor del trueno (aquí el poeta subraya con las consonantes erre y jota la áspera musicalidad de los onomatopéyicos versos y la presencia de la muerte: (“Trueno del temporal: oigo en tus quejas / crujir los esqueletos en parejas”). Clarividencia del mexicano que oye retrospectivamente el pasado, futuriblemente el porvenir, hondamente el presente: todo su destino en el trueno del

temporal y luego ve ahí reflejada su propia vida (“Y oigo en el brinco de tu ida y venida, / oh trueno, la ruleta de mi vida”).

*Intermedio.* Evocación legendaria de la noble figura de Cuauhtémoc —el abuelo—, “único héroe a la altura del arte”. Rosas de Castilla ante el nopal indio. La lengua castellana, vehículo lingüístico por el que Dios se vierte a México, “surtidor de católica fuente”. Enigmáticos respuestas ante el preclaro hijo del Anáhuac. La efigie del último emperador azteca, símbolo heroico, suplicio, dolor, amor, leyenda, moneda nacional. Numismática representativa del temple de un auténtico héroe, dominado sí, pero nunca vencido. Gráfica representación del trauma de la Conquista: apresamiento de canoas, llanto de dioses mitológicos, ídolos derrocados: Huitzilopochtli, Tláloc, navegan perdidos en las caóticas piraguas de la laguna mexicana, “los ídolos a nado”. Cuauhtémoc, cruelmente arrancado del amor de su esposa la emperatriz que, hasta en la dolorosa separación, se muestra elegante como “el pecho de la codorniz”.



Se prohíbe anunciar, de Agustín Lazo



*Puerta cerrada, de Agustín Lazo*

*II Acto.* México, suave patria, vales tanto cuanto la virtud de tus mujeres. López Velarde usa la imagen del “río”, diagonal de fertilidad y abundancia, y luego la abstracción ética (virtudes de la mujer mexicana) que intensifican la plenitud del elogio: “Suave Patria: tu vales por el río/ de las virtudes de tu mujerío.” El mexicano recibe el don de la fe por la entraña femenina y vital —la madre y la esposa mexicanas— y podrá conservar este depósito mientras haya mujeres con fibra para salir al filo del amanecer en búsqueda de provisiones para el hogar: “creeré en ti, mientras una mexicana/ en su tápalo lleve los dobleses/ de la tienda, a las seis de la mañana.” Ante su atónita mirada pasan las hijas de México —encantadoras cual “hadas” o cruzan embriagadoras “destilando un invisible alcohol”. Intangible al deshonor, México florece. De nuevo, el poema acusa el rasgo de imprevisión de la patria que pobremente vive “al día/ de milagro, como la lotería”. Aún no ha alcanzado su madurez: “corta de estatura y edad como el Palacio Nacional”,<sup>17</sup> pero siempre tan bella. El poeta en estampa de honda raigambre machista, quiere raptarla por medio del alegre tumulto de la fiesta y llevársela en el potro “garañón” entre el escándalo de las “matracas” y los “tiros de la policía”. Suave patria: el poeta la ama, no como mito, sino como su ver-

<sup>17</sup> El edificio tenía un solo piso; posteriormente se construyó otro.

dad y para ello revestirá el concepto de una forma corpórea y tangible: “Suave Patria: te amo no cual mito,/ sino por tu verdad de pan bendito.” Siente su amor en concreto como lo pudiera sentir por la novia sencilla y recatada: “la blusa corrida hasta la oreja/ la falda bajada hasta el huesito.” Refrigerio para el mexicano asfixiado por el calor de julio, la “frescura y rebozo y de tinaja”. En invierno, recibirá la tibia dulzura de sus “carnosos labios de rompopé”. En sentimental identificación con la patria, el poeta se “llena de sombra”, si ella trepida. Frente a la maldad y la violencia, la dulce contrarreplica: el milagro de san Felipe de Jesús —frutos divinos, higos frescos para el creyente que con fe implora. Últimos versos de “La suave patria”, legado y testamento para México. El poeta ama a su patria tal cual es, según su línea propia, no caminos ajenos, sí fe en las tradiciones mexicanas, y así quiere que perdure: “Sé igual y fiel a tu espejo diario.” Sé fiel a tu pasado, no te escondas bajo el manto extranjero, no imites modas que no son tuyas, no dejes la agricultura por la industria, trabaja con la realidad que se te entrega. Guarda las costumbres de tus ancestros. Cíñete la tri-garante faja de la religión, la unión y la independencia.<sup>18</sup> El trono de México

<sup>18</sup> Iturbide proclama el 24 de febrero de 1821 el Plan de Iguala, Guerrero, apoyado por el ejército de las tres garantías: catolicismo, unión de españoles y criollos e independencia política.

está a la intemperie, cara al azul. Emerge de la carreta de paja que, al trote alegre de los animales de tiro y al ritmo de las “sonajas” retorna feliz hacia el sin fin de los campos de México.

López Velarde supo descubrir la fuente del más acendrado lirismo en los objetos familiares y se acercó a ellos con ternura y extrema sensibilidad; percibió la grandeza de lo mínimo, caló hondo en la esencia de la patria, en “el café con leche de su piel”<sup>19</sup> —según sus propias palabras. Es notable su capacidad de arrobamiento y emoción ante las cosas que el ojo ordinario califica como insignificantes y vulgares, admiración y sorpresa siempre renovados ante la realidad que el tiempo develaba ante su mirada. El poeta jerezano cantó al México del centenario de la independencia, del pasado y del futuro y continúa al presente entonando su canto en su poema “La suave patria”. El artículo “La” es el índice señalador de que es “ésta” y no otra cualquiera, indeterminada patria. Reiterativo el poeta ha vuelto al tema que le interesa y llamó su atención.

En síntesis: *novedad e intimidad* sería la savia orgánica que relaciona la prosa de “Novedad de la patria” y los versos de “La suave patria” de Ramón López Velarde, tributo literario y humano que el poeta de Zacatecas rinde a su patria, México, contemplada desde adentro, lo hondo de su esencia. Exactamente en el momento de crisis en que México empezó a verse a sí mismo, a reconquistar su pasado y a buscar su destino y misión en el mundo moderno, con la mirada puesta, no en la historia ni en la política, sino en lo íntimo de la vida del mexicano. López Velarde dio la fórmula y el sentido de la nueva nación que surgía de las brasas vivas del fuego de la guerra y la Revolución. Quizá sea el mensaje que nos trae su centenario: la patria la encontraremos en el detalle del instante que se sucede sin interrupción, la patria puede forjarse en el quehacer diario de la vida del México de hoy. Grandeza de la patria mínima, Suave Patria, México. La patria la forjamos cada uno, día tras día y golpe tras golpe, en lo más íntimo de nuestra conciencia. ♦

<sup>19</sup> “Novedad de la patria”, *op. cit.*